

partió precipitadamente, no sin llevarse el fruto de sus rapiñas.

No seguiremos nosotros al asesino, ni volveremos á hablar de quien hizo perder la vida al desgraciado Enrique después de haber cooperado eficazmente á corromper su alma. Si falla la justicia humana en esta vez, ahí está la justicia de Dios, que nunca deja al criminal sin castigo.

## XI

### DOLOR DE MADRE.

Cuando Gaspar llegó á la casa principal de la hacienda, pidiendo auxilio para ir á recoger el cadáver de Enrique, hallóse con otra novedad. Los jornaleros á quienes en la tarde había dejado ebrios fuera de la taberna, se entregaban al saqueo de la casa sin que nadie les interrumpiese. Los muebles, la ropa, los libros, los arneses de montar, todo salía y desaparecía violentamente en medio de gritos horribles inspirados por la codicia y la embriaguez.

Aquello era práctica del comunismo, y Gaspar debió haberse regocija-

do con tal espectáculo; pero en aquel momento no era "político," y las desgracias domésticas le abrumaban como á un hombre cualquiera. Acababa de separarse del cadáver ensangrentado de su hijo, y hallaba que su casa era presa de un completo saqueo. Sentóse en uno de los escalones del corredor, con las manos puestas en las mejillas y permaneció así gran rato. De pronto pareció disiparse su insensatez: el dolor más profundo se pintó en su rostro: sus ojos se animaron. Se levantó, y dirigiéndose á los mozos que continuaban robándole á su propia vista, les dijo:

—Mi Enrique ha sido asesinado.

Los borrachos que pasaban á la sazón, le miraron estúpidamente y siguieron su camino.

—Mi Enrique ha muerto. Vamos á recoger su cadáver.

Los mozos no hacían caso de Gaspar.

—Mi Enrique ha sido muerto. Su cadáver está junto á la antigua casa del guarda-bosque. Vengan ustedes conmigo á recogerlo.

Los mozos se rieron y continuó el saqueo. Gaspar volvió á sentarse en los escalones del corredor, y la luz de

su razón pareció extinguirse de nuevo.

Afortunadamente, uno de los mozos honrados, luego que vió que los demás proletarios, en estado de completa embriaguez, se disponían á saquear las habitaciones del amo, convencido de la ninguna autoridad de éste para hacer cesar el desorden, acudió en persona al pueblo inmediato, donde residía el juez y comandante de guardia nacional, á quien se presentó pidiéndole auxilio en nombre de Gaspar.

El juez que, cuando acaeció en la hacienda la abolición de los fueros, había sido expulsado á causa de su carácter militar, no vaciló en acudir inmediatamente al punto donde eran solicitados sus servicios. Echó á andar á la cabeza de diez ó doce guardias nacionales de toda su confianza, y en el camino dirigió al mozo algunas preguntas para deducir de las respuestas si había ó no mejorado la situación mental del dueño de la quinta.

Cuando llegó la fuerza armada, el saqueo tocaba á su término. Los diez ó doce hombres descansaron á un tiempo sus fusiles en el corredor, y al ruido, la mayor parte de los mozos de la hacienda huyeron por las ventanas ó la puerta del jardín. El juez logró, sin

embargo, atrapar á tres ó cuatro de ellos, y se disponía á practicar las primeras diligencias, cuando Gaspar se le acercó, le cogió de la mano, y haciendo señas á los milicianos para que le siguiesen, tomó el camino de la casa del guarda-bosque.

Al llegar al punto donde estaba el cadáver, lo señaló al juez. Así éste como los que le acompañaban, lanzaron una exclamación de horror. ¡Es el niño Enrique! ¿Cómo ha sucedido esta desgracia? preguntaba el juez. Gaspar, haciendo un esfuerzo, refirióle los sucesos de aquella tarde. Todas las sospechas recaían sobre Márquez, á quien de nuevo se buscó inútilmente en su casa. El juez redactó en las habitaciones mismas del antiguo guarda-bosque la reseña sumaria del suceso, añadiendo á ella las declaraciones de Gaspar y de unos cuantos mozos de la hacienda, que habían ido acudiendo al lugar de la catástrofe.

Había anochecido ya enteramente y el bosque alumbrado con teas resinosas, presentaba siniestro aspecto. Tamerlan continuaba echado junto al cadáver, con el hocico puesto sobre los pies de Enrique.

El juez mandó formar una especie de parihuelas, pusieron en ellas el ca-

dáver, y se dirigieron todos hacia la casa de la hacienda. Cuando llegaron á los aposentos no hallaron un solo catre donde colocar el cuerpo de Enrique, y fué preciso que lo prestara uno de los pocos mozos que habían permanecido adictos á la familia.

Octaviana y Amelia, á quienes, según hemos dicho, otro de los mozos fué á avisar lo acaecido, llegaron á la hacienda como á las ocho de la noche. Octaviana, luego que vió el cadáver de su hijo, se abrazó violentamente con él y lo cubrió de besos, sin poder derramar una sola lágrima. No así Amelia, que sollozaba arrodillada á los pies del catre. Abrióse de nuevo la puerta de aquella habitación, y aparecieron Alberto y el cura. La noticia de la catástrofe había circulado rápidamente por las inmediaciones de la hacienda. Tan luego como llegó á oídos de Alberto, éste acudió por el cura, y mutuamente acompañados, entraron á la casa sin acordarse de sus antiguos disgustos con Gaspar, porque en las circunstancias solemnes de la vida, los corazones bien formados olvidan todo agravio y resentimiento. El cura, no sin trabajo, consiguió desprender á Octaviana del cuerpo de su hijo. Alberto permanecía mudo y silencioso, con-

templando alternativamente el cadáver y el dolor de su hermosa y desgraciada Amelia. El robo se había cometido al mismo tiempo que el asesinato; no había muebles, no había una sola silla en que sentarse. Al ver la desolación de aquella casa y de aquellos corazones, el cura, levantando sus ojos al cielo, murmuró algunos de los versículos de Job:

“¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas?”

“Apiadaos de mí, porque la mano del Señor me ha tocado.”

En seguida abrió un libro de oraciones, y arrodillado junto ante un solo cirio que había junto al catre, se puso á rezar en voz baja.

Entretanto, un leve incidente debía desatar las fuentes del llanto para Octaviana, y salvarla así de una enfermedad peligrosa, tal vez de la pérdida de su razón. Cuando advirtió lo ensangrentada y sucia que estaba la ropa de Enrique, quiso inmediatamente mudársela, y acudió á las recámaras donde tenía los roperos; mas no halló ni roperos ni ropa, y la idea de que no podía vestir de limpio á su hijo para que le enterraran, la apasionó de tal modo, que rompió en gritos y en sollozos, y á poco sus lágrimas abundantes hu-

medecian la estera en que había ido á sentarse. En el exceso de su dolor clamó á Dios desde el fondo de sus entrañas, quejándose de su suerte. Por la primera vez iba á dudar de su Providencia y de su justicia, cuando la asaltó una idea terrible, que la hizo refugiarse en su infinita misericordia. Probablemente la muerte había sorprendido á Enrique en el seno del vicio, privándole, no sólo de esta vida temporal y percedera, sino también de la presencia de Dios y de la esperanza del cielo. No había, pues, que pensar en reunirse un día con aquel hijo tan amado á pesar de sus extravíos. Y si la idea de tal reunión, de que sale garante nuestra fe, apoyada en las promesas divinas, no basta á calmar los primeros arrebatos del dolor causado por la muerte de un sér á quien amábamos, ¿qué grande no será este dolor cuando á él se junte el temor de que aquella reunión no se efectúe y de que el alma desprendida del cuerpo reporte una eterna desdicha?

El sacerdote adivinó la naturaleza de los pensamientos á que se entregaba Octaviana, y dejando en el suelo su libro de oraciones, acudió á socorrerla y á confortarla.

Alberto había desaparecido del cuar-

to. Gaspar, sentado en el suelo, en uno de los rincones y con las manos puestas en las mejillas, contemplaba silenciosamente el cadáver, cuyo rostro había sido cubierto con un lienzo blanco.

Cerca de las doce de la noche, volvió Alberto con ropa suya y un crucifijo pequeño, de madera. Entre él y Octaviana vistieron á Enrique y terminada esta operación, le pusieron el crucifijo en el pecho, cruzándole las manos sobre el extremo inferior de la imagen.

El sacerdote continuaba orando. Amelia, con la cabeza apoyada contra la pared y las pestañas llenas de lágrimas, se había quedado por un instante dormida. Tamerlan velaba echado en sus pies.

A poco de haber amanecido, introdujeron al cuarto una caja fúnebre, mandada traer por Alberto. Este, ayudado del carpintero, puso en ella el cadáver, sin quitarle el crucifijo. Octaviana se arrodilló en el suelo, besó por última vez á Enrique en la frente, y en seguida se puso á orar. A los primeros golpes de martillo dados para clavar la tapa de la caja, Gaspar salió de su rincón como si despertara de un largo sueño.

—¡Yo soy, yo soy quien le he muerto!—gritó golpeando su cabeza contra las paredes del cuarto.—Mis máximas, mis consejos y mis ejemplos, le han perdido. ¡Octaviana, máldiceme, porque te he hecho infeliz! ¡Amelia, máldiceme, porque te he privado de tu hermano! ¡Hijo mío, mi Enrique, mi primogénito, máldiceme desde el fondo de tu ataúd, porque te corrompí, porque te conduje á la muerte!

Octaviana, después de oír con espanto tales palabras, se dirigía hacia su esposo con los brazos abiertos, á consolarle y á llorar en su seno; pero como si el esfuerzo hecho por Gaspar al concebir y pronunciar aquellas frases hubiese agotado los restos de su razón, al paroxismo del dolor sucedió en él rápidamente el paroxismo de la demencia. Con la fuerza peculiar de los locos, arrancó la tapa del ataúd y rasgó el sudario en la parte que ocultaba el rostro del muerto. Vió con gesto de cólera á Alberto y á Amelia, y exclamó: “¡Afuera los extraños! ¡Que nadie se acerque á la cuna de mi hijo!” En seguida se puso á acariciar el semblante amoratado de Enrique.

—Duerme, dijo á Octaviana. No le despiertes, porque está enfermo. ¿No

ves su color? Bien te decía yo que habían de hacerle daño el viento y la lluvia. No le saques jamás de la cuna. Pero ¡qué grande está! Ya me parece que le veo hecho un hombre.... Mira, Octaviana, mira cómo tiene bajo la oreja izquierda tu mismo lunar.... Todos dicen que se parece á mí.... ¿Qué dices tú, Octaviana? ¡Mujer! tú eres una santa.... Pero, dime, ¿duerme mi hijo ó está muerto? Sí, ¡Está muerto! ¡Muerto!

Cuando hubo pronunciado Gaspar las últimas palabras, se mesó los cabellos y se salió del cuarto, corriendo hacia los corredores. Alberto acudió tras él queriendo detenerle; mas era inútil, porque al llegar al extremo del corredor, cayó privado de conocimiento. Alberto le alzó y con ayuda de un mozo le trasladó al cuarto de donde entrambos habían salido, y le puso en el catre mismo donde había estado durante la noche el cadáver de Enrique, pues no había otro lecho en toda la casa.

¡Qué cosa tan frágil y deleznable es la pobre razón del hombre! Generalmente se extravía desde los primeros años de la juventud, y después que le ha servido de muy poco durante la niñez, á causa de no estar completa.  
Roa Bárcena.—15.

mente formada. La razón se encarga no pocas veces de destruir la fe, de ahogar los sentimientos buenos y generosos y de canonizar las malas inclinaciones y los actos más criminales de la criatura. Y esta luz pura y benéfica que nos ha sido puesta por Dios y cuya hermosa llama extravía casi siempre el viento de nuestros errores y pasiones, se apaga de repente con la facilidad con que extinguimos una bujía, y el sér humano queda despojado de la más noble de sus prerrogativas, y en el seno de una noche obscurísima. La muerte es mil veces preferible á la enajenación mental.

La de Gaspar, una vez pasado el primer ataque fuerte, degeneró en insensatez apacible. No volvió á reconocer por entonces á los individuos de su familia, y día y noche se estaba encerrado en su cuarto, sin hacer ni hablar cosa alguna y con la vista en el vacío. Jamás opuso resistencia á que le diesen de comer y le mudasen la ropa. Dormía casi nada, y todas las mañanas un criado le sacaba á pasearse por el jardín.

Pero no anticipemos la relación de los sucesos posteriores.

A las diez de la mañana de que hablamos, el cadáver de Enrique era

trasladado á la capilla de la hacienda, que no había vuelto á abrirse desde el día que la cerró Gaspar en su manía reformista. Grande fué la emoción que sintieron Octaviana, Amelia y las gentes piadosas del lugar cuando giraron hacia dentro las altas y toscas puertas de la pequeña iglesia. El pavimento estaba cubierto de polvo y las arañas comenzaban á cruzar sus hilos frente al altar. Mandó el cura que colocasen unos cajones en el centro de la capilla; cubrieronlos con un paño negro y encima pusieron el ataúd. El sacerdote se revistió allí mismo, pues la sacristía estaba ocupada con la escuela de artes y oficios, y en seguida celebró misa de difuntos. El silencio de la capilla no era interrumpido sino por el cura, que recitaba á media voz las oraciones latinas, y de vez en cuando por los sollozos de Octaviana.

Terminada la misa, el cura subió al púlpito, pidió á sus feligreses oraciones por el alma de Enrique, le puso ante ellos como ejemplo desgraciado del fin á que se llega siguiendo extraviados senderos; hizo patente la inmensa desgracia de toda aquella familia, cuyo jefe había sido privado de la razón por las secretas disposiciones del Altísimo, acaso en justo castigo

de sus errores. Lamentó los excesos á que se habían entregado en los últimos días los habitantes de aquellos campos, y les recordó su antigua religiosidad y morigeración, excitándoles á recobrarlas y á trabajar empeñosamente para acudir de un modo honesto á las necesidades de sus propias familias, y ayudar á la del propietario á salir de las angustias en que se hallaba á causa del mal estado de la hacienda. La voz del cura hizo profunda impresión en el ánimo de aquellos proletarios que sólo habían cosechado disgustos, remordimientos y miseria de su reciente desmoralización. Comparaban su vida anterior, monótona, pero exenta de agitaciones y desórdenes, con la vida en que les inició Gaspar, prometiéndoles felicidad y abundancia y dejándoles sin tranquilidad y sin pan que dar á sus hijos.

Operóse allí, pues, una reacción saludable en el ánimo de los oyentes, y no dejaron éstos de comunicar sus propias ideas á los mozos de la hacienda que no habían acudido á presenciar los humildes funerales de Enrique. De este modo se preparaba sólidamente la reorganización moral y material de aquella pequeña población, por la cual había pasado como azote

de Dios la manía liberal-reformista. El sacerdote, lanzado del santuario en nombre de la felicidad y el adelanto común, volvía á aparecer entre las ruinas de la reforma, á enjugar las lágrimas, á detener el retroceso hacia la barbarie, á reunir los escombros y á edificar nuevamente con ellos lo que habían destruido sus enemigos.

Terminada la breve y tierna plática del cura, Enrique fué sepultado en el cementerio de la capilla, y se erigió una cruz sobre la tierra que cubría su cadáver.

Las lágrimas de la desgraciada madre eran inagotables. Se arrodilló en el suelo y apoyó su frente contra el pie de la cruz levantada sobre la tumba de su hijo. No podía resignarse con la suerte que acaso hubiera tocado en la eternidad á Enrique. El cáliz de la amargura se había llenado para ella hasta donde no es posible apurarlo. De nuevo acudió en auxilio suyo el sacerdote. La levantó cariñosamente, y dirigiendo su propia diestra al cielo, entoldado con las nubes de otoño, la dijo: "Orad y confiad en el Señor."

XII

RECONSTRUCCION

Las diligencias practicadas por el juez, dieron por resultado el conocimiento íntimo de que Enrique había sido asesinado por Márquez; pero así éste como los mozos testigos del homicidio, no volvieron á parecer.

En cuanto al saqueo de la casa principal de la hacienda, como la mayor parte de los proletarios resultarían comprometidos en él, y como en cierto modo habían sido impulsados al crimen por la necesidad y el desorden de que eran víctimas, Alberto y Octaviana suplicaron al juez que no emprendiese averiguación alguna.

Tres ó cuatro días después del entierro de Enrique, volvió el antiguo administrador, que, á semejanza del juez y del sacerdote, había salido en virtud de las reformas de Gaspar. El tiempo de su ausencia habíalo pasado en una hacienda inmediata, entregado al estudio y al ensayo de diversos instrumentos y nuevos procedimientos agrícolas. Por consejo de Alberto, Octaviana le hizo cargo de todo lo relativo á la hacienda, sin reservarse ni

dar á tercera persona facultades de ningún género.

Con el conocimiento práctico que el administrador tenía de las personas y del local, comenzó por despedir á los proletarios viciosos é incorregibles, á fin de que no contaminara á los demás su ejemplo. Dispuso que fuesen inmediatamente devueltos á la casa principal de la hacienda los muebles ó la ropa que á consecuencia del saqueo hubiesen quedado en poder de los mozos ó de sus familias, y así se cumplió, habiéndose logrado rescatar la mayor parte del mobiliario de la casa, pues como las primeras providencias judiciales comenzaron á ser dictadas la tarde misma del saqueo, no había habido lugar de que extrajesen de la hacienda los objetos robados á fin de procurar fuera de ella su venta.

Esperaban los mozos que el administrador les arengaría; pero se guardó muy bien de hacerlo; era amigo de obras y enemigo de palabras inútiles. En vez de dirigir una alocución á sus trabajadores, les citó la misma tarde del día en que volvió, para las cuatro de la mañana siguiente, á fin de distribuirles él la tarea. Por la primera vez, después de algunos meses, se oyó resonar de nuevo el "Alabado," y en



seguida el administrador se puso al frente de las cuadrillas de operarios, recorriendo con ellas los terrenos y señalando á cada una su parte de trabajo. Fué preciso cortar las antiguas plantaciones de caña, dejadas pasar por el dueño, y hacer otras nuevas, después de rozar algunos terrenos que habían permanecido ociosos. Hizo sembrar maíz y cebada en abundancia, á fin de proveer á las necesidades de los mozos y del ganado mular indispensable á los trabajos de la finca, sin tener que comprar los cereales á las haciendas de las inmediaciones. Con la seguridad del buen resultado, hizo aplicación de arados nuevos y económicos y otros instrumentos de labranza que, como dijimos, había ensayado detenida y concienzudamente durante su ausencia. Dirigió él mismo con actividad é inteligencia el arreglo y aseo de las diversas oficinas y la reparación de la maquinaria de los trapiches, introduciendo en ellos considerables mejoras.

Como el administrador de quien hablamos gozaba de crédito, para hacer frente á los primeros gastos, halló comerciantes que le supliesen dinero á cuenta de efectos, sin gran sacrificio: reanudó así las antiguas relaciones de

la hacienda y aseguró compradores para los frutos. Por otra parte, nunca es estéril el sudor que cae en los surcos abiertos por el arado: la tierra agradece y recompensa el trabajo del hombre, dándole ciento por uno. Pocos meses después, el color parduzco de los terrenos desaparecía bajo un espeso tapiz de follaje verde ó amarillo, que alegra la vista de los campesinos: había pasado la estación de las aguas y se aproximaba el invierno con sus terribles heladas, que suelen destruir en una sola noche el trabajo y la esperanza de muchos días; pero Dios quiso preservar de todo daño aquellas plantaciones que formaban cuadros inmensos en la falda de los montes, y que ondeaban majestuosamente al impulso del viento, á semejanza de las aguas del océano. Levantóse la cosecha; los graneros se llenaron; los haces de caña formaban pirámides en la llanura, y el ruido de la maquinaria comenzó á hacerse oír en las oficinas; los panes de azúcar, blancos como la nieve, brillaban en los asoleaderos y eran enterciados á toda prisa; atajos de mulas cargadas comenzaron á recorrer en todas direcciones los caminos y sendas; hubo dinero en abundancia para las rayas; hubo maíz en abundancia

para las familias de los proletarios; hubo desahogo y comodidades para la familia del amo.

En cuanto á la inmoralidad y el vicio, habían desaparecido ya casi del todo. La posesión de las cosas necesarias á la vida quitaba del corazón de los mozos el aliciente más poderoso que hay para el hurto, y respecto de la embriaguez y el juego, no les quedaba tiempo para entregarse ni á una ni á otro. Pasaban todo el día en el campo y las oficinas, y volvían de noche á sus cabañas con buen apetito y excelente humor. El día de fiesta era empleado por ellos en oír la misa y la plática del sacerdote; en percibir y distribuir la raya de la semana, y en ir con sus familias á la ciudad inmediata á comprar algunos comestibles ó ropa para sus hijos. Estos, como antes, eran instruidos por Octaviana y Amelia en sus deberes religiosos y aun en las primeras letras. Poco después, el administrador estableció una caja de ahorros donde los proletarios iban juntando su dinero sobrante, á fin de pagar un preceptor que se dedicara exclusivamente á la enseñanza de sus hijos, y hacer frente á los gastos extraordinarios de casamientos, enfermedades y entierros. De este modo se

logró que los mozos no estuviesen como vendidos á la hacienda, sin caer por ello de cuanto pudieran necesitar.

Indecible era el horror que el administrador había cobrado á la reforma intentada en la hacienda, como que nadie había palpado á semejanza de él sus perniciosos efectos. En unos cuantos días que faltó su dirección, las siembras se habían perdido, los trabajos estaban paralizados, la finca sin crédito ni dinero, y los proletarios demoralizados al extremo de robar al amo á su propia vista. Pero, á la vuelta de pocos meses, todo el mal quedaba remediado, según hemos dicho, y la fortuna volvía á sonreír á Gaspar respecto de intereses, si bien su insensatez no daba señales de disminuirse.

Por aquellos días tuvo lugar un incidente, que no estará de más referir. El establecimiento de educación de Monsieur Dionisio tocaba rápidamente á su ruina, después de haber pasado por todas las fases del descrédito. El profesor omniscio, acosado de sus acreedores y deseoso de levantar de nuevo su casa, se acordó de la amistad y de las ofertas de Gaspar, y tomó á caballo y acompañado de un mozo, el camino de la hacienda, presen-

tándose en ella á título de maestro de Enrique y de amigo de su padre.

—El niño Enrique—dijo el administrador después de saludarle desdenosamente—es un muchacho de muy buenas esperanzas. ¡Lástima que no haya querido terminar los cursos!

El administrador, que tenía abundantes noticias acerca de Monsieur Dionisio y de su colegio, por toda respuesta, le atrajo al cementerio de la capilla y le enseñó la tumba recién construída, refiriéndole breve y secamente el fin trágico de su discípulo. Monsieur Dionisio se quedó estupefacto.

Quiso, sin embargo, ver á Gaspar, á fin—decía—de explicarle que la desgracia de Enrique era obra de la fatalidad y de la conformación de su cráneo, probando esto último hasta la evidencia con citas oportunísimas de Gall. Abrió el administrador el cuarto de Gaspar y apareció éste, sentado en un rincón, y teniendo la mano puesta en la mejilla. A las primeras palabras que le dirigió en vano, comprendió Montieur Dionisio que su antiguo correligionario de ideas acerca de la enseñanza, no le conocía y que estaba insensato. Retrocedió horrorizado y pudo apenas dirigir una frase benal de

despedida al administrador, quien le contestó con una mirada de reconvencción y desprecio.

---

XIII

VOTOS CUMPLIDOS

Así como un rayo de sol puede alegrar por un momento los días más opacos del otoño, un día todo de júbilo y de felicidad doméstica, después de las desgracias acaecidas, vino á interrumpir la existencia monótona y triste de Octaviana y Amelia. Esta se casó con Alberto, y amante y dichosa, pero con los ojos llenos de lágrimas de ternura, pasó de los brazos de su madre á los de su esposo. ¡Momento solemne de la vida de la mujer! Con él sueña la joven prometida, y él constituye el recuerdo más grato de la madre de familia.

Octaviana, en su calidad de tal, no quiso dejar transcurrir todos los meses de luto por la muerte de Enrique, sin casar á su hija. La demencia de Gaspar no daba trazas de alivio, y ¿qué haría Amelia sola en el mundo, si su madre la llegase á faltar por una des-